

**Matxalen Legarreta Iza y Marina Sagastizábal Emilio-Yus**  
*Universidad del País Vasco, UPV/EHU*

### 1. Invisibilidad del trabajo doméstico y de los cuidados

Fregar, barrer, poner la lavadora, tender, llevar a las criaturas a la escuela, recogerlas, darles la merienda, estar pendiente de que la abuela se encuentra bien, recordar que el miércoles tiene cita con el médico, pensar la lista de la compra, calcular el dinero que queda para llegar a fin de mes...

Todas estas actividades que realizamos cotidianamente y que, aparentemente, no crean riqueza ni impactan en la «economía real», constituyen un trabajo: aquel que se refiere al mantenimiento del bienestar cotidiano. Es un trabajo, además, desempeñado principalmente por las mujeres. No obstante, tradicionalmente, no se ha tenido en cuenta en la producción de datos estadísticos. El trabajo doméstico-familiar ha sido clasificado en las encuestas bajo el rótulo «sus labores» y, hoy en día todavía, la Encuesta de Población Activa sigue considerando «inactivas» a las personas que lo llevan a cabo a tiempo completo. De esta forma, no se ha hecho más que reproducir su condición de «no trabajo», ocultando su aportación a la economía.

Ante este panorama, el movimiento feminista viene reivindicando desde hace tiempo que el doméstico-familiar es un trabajo. Y no sólo eso, se pone de manifiesto que el propio concepto de economía proviene del término griego *oikos-nomia*, es decir, la buena administración del hogar. Desde esta mirada, se desarrolla un debate sobre el valor del trabajo doméstico-familiar con el objetivo de medir (esto es, cuantificar) dicho trabajo y compararlo con el que se realiza en el ámbito mercantil. El objetivo es bien sencillo: hacer visible aquello que ha sido invisibilizado tanto a nivel social y económico como político.

### 2. Haciendo visible el trabajo invisibilizado

Si entendemos el trabajo como algo más que una actividad laboral, es posible considerar la existencia no

sólo de otros trabajos, sino también de otros tiempos sociales que poco o nada tienen que ver con los de la jornada laboral. En este marco, los estudios sobre usos del tiempo han resultado una herramienta útil a la hora de visibilizar ámbitos poco regulados de la vida cotidiana, como el doméstico-familiar, al tiempo que han realizado un aporte importante a la hora de poner de manifiesto las desigualdades de género existentes en esta esfera. En este sentido, se puede afirmar que las Encuestas de Usos del Tiempo constituyen una herramienta clave para el feminismo, pues han conseguido reflejar con datos muchas de sus reivindicaciones.

Este tipo de encuestas empiezan a proliferar a partir de 1995, en el marco de la Conferencia de Naciones Unidas para la Mujer celebrada en Beijing, donde se recomienda a todos los países miembros llevar a cabo Cuentas Satélite de Producción Doméstica. El objetivo es visibilizar y dar valor al trabajo que realizan mayoritariamente las mujeres desde los hogares. La «materia prima» con la que se alimentan las Cuentas Satélite son las Encuestas de Usos de Tiempo. Esto es, a través de estas encuestas se contabiliza el tiempo empleado en el ámbito doméstico-familiar, para después otorgarle un valor monetario. Así, a través de las Cuentas Satélite es posible estimar el peso del trabajo doméstico-familiar respecto al PIB. En el País Vasco, por ejemplo, según los cálculos del Instituto Vasco de Estadística-Eustat, es un 32,4%.

En este sentido, Eustat ha sido pionero a nivel internacional en la elaboración de estas estadísticas, pues ha adquirido el compromiso institucional de llevar a cabo de forma periódica una Encuesta de Presupuestos de Tiempo y estimar el valor monetario de la producción doméstica a través de las Cuentas Satélite. Así, desde 1993 realiza estas operaciones estadísticas de forma quinquenal. La última edición fue en 2013 y en estos momentos están ultimando los preparativos de la siguiente, la de 2018.

### 3. Encuestas de Usos de Tiempo: puntos fuertes y límites

Se puede afirmar que, desde una perspectiva feminista, existe un consenso sobre la utilidad e importancia de las Encuestas de Usos de Tiempo. No obstante, es también cierto que su utilización genera dudas, pues se comprende que «las herramientas del amo» no sirven para captar con precisión la complejidad de este trabajo. Por ello, es necesario conocer cómo se crean, cómo funcionan y las limitaciones que presentan.

Las Encuestas de Usos del Tiempo nacen a principios del siglo XX con la intención de proporcionar información sobre la vida cotidiana de una determinada población: estudiar el consumo de radio y televisión, analizar las pautas cotidianas de ocio y de consumo, determinar las condiciones de vida, conocer el empleo del tiempo de la población desempleada... Sus orígenes, por tanto, no se encuentran en el marco de las reivindicaciones feministas. No es de extrañar que una de las primeras encuestas de este tipo llevadas a cabo en el contexto español fuese encargada por RTVE.

Las Encuestas de Usos de Tiempo contabilizan las actividades que se desarrollan en un día promedio tomando como magnitud el tiempo (horas y minutos). Esta es una forma de medir y entender el tiempo que está muy generalizada en las sociedades occidentales contemporáneas. Por ello, resulta fácil entender los resultados de dichas encuestas. Además, se trata de una medida abstracta que permite la acumulación (sumar tiempos) así como la comparación. No obstante, presenta también ciertas limitaciones.

Una de las principales es que no permite atender a los aspectos subjetivos relacionados fundamentalmente con el cuidado. Este trabajo se asienta en la relación e interacción con otras personas, entre la persona que cuida y la que es cuidada, relación que se caracteriza por sentimientos, emociones, mandatos morales y, con frecuencia, se asienta sobre relaciones de poder y opresión. No es posible captar todo ello a través de las Encuestas de Usos de Tiempo.

El tiempo relacionado con el trabajo «mental» que tiene que ver con la gestión y organización doméstica tampoco se puede computar a través de estas encuestas: se miden las *ocupaciones*, pero no las *preocupaciones*. La intensidad del tiempo o la simultaneidad son también otros aspectos que son difíciles de cuan-

tificar y que son habituales en el ámbito doméstico-familiar: estar cocinando, atenta a cuándo acaba la lavadora, mientras se echa una mano con los deberes a las criaturas y se escucha la radio.

Con todo, las Encuestas de Presupuestos de Tiempo han resultado ser una herramienta útil para el feminismo, principalmente a la hora de dar visibilidad, valor y reconocimiento social al trabajo llevado a cabo principalmente por las mujeres en el ámbito doméstico-familiar.

### 4. Organización temporal de un día promedio

Los datos de la Encuesta de Presupuestos de Tiempo de Eustat muestran que, en general, en un día promedio, distribuimos nuestro tiempo diario de la siguiente manera: empleamos la mitad del día (11 horas y 25 minutos) en satisfacer las necesidades fisiológicas básicas (dormir, comer, asearnos...); un cuarto lo dedicamos al trabajo, tanto remunerado como doméstico-familiar (5 horas y 41 minutos); casi otro cuarto al ocio (5 horas y 10 minutos) y el resto (1 hora y 13 minutos) es tiempo de trayectos.

Esta distribución no es particular de la sociedad vasca, sino que es una característica común de las sociedades occidentales contemporáneas. Esto se debe a que las formas de vida derivadas del capitalismo industrial están muy arraigadas y condicionan la manera que tenemos de organizar nuestro día a día y de disponer de nuestro tiempo. Los horarios de las jornadas laborales tienen mucho que ver con ello. No obstante, con esto no pretendemos afirmar que tal forma de organizar el día sea generalizable a todas las personas que vivimos en dichos contextos. Es una ficción estadística: un día que no existe más allá de los datos.

De esta primera aproximación surge una pregunta clave: ¿ha sido siempre así?

Como hemos señalado anteriormente, Eustat proporciona datos sobre el empleo del tiempo desde 1993 a 2013, por lo que es posible observar si ha habido cambios en los últimos veinte años. Los datos muestran que la forma que tenemos de organizar el día no se trastoca significativamente, aunque hay actividades a las que ahora se les dedique menos tiempo que antes y otras a las que se destina más. En general, se dedica ahora más tiempo a las necesidades fisiológicas, al cuidado de las personas del hogar, al ocio

activo y al deporte y a los trayectos. Las actividades en las que se emplea menos tiempo son: trabajo remunerado y formación, trabajo doméstico, ocio pasivo (medios de comunicación, sobre todo) y vida social.

Algunos de estos cambios muestran una tendencia clara: por ejemplo, dedicamos más tiempo a las tecnologías de la información y de la comunicación (considerado ocio activo) y también al cuidado de las personas del hogar y menos al trabajo doméstico. Otros, sin embargo, están condicionados por las características sociales y económicas del momento, como, por ejemplo, los tiempos destinados al mercado laboral: muestran una tendencia al alza en momentos de bonanza económica y a la baja en épocas de crisis. Así, se observa que 2013 es el año en que menos tiempo se le dedica a esta ocupación a nivel social de todo el periodo estudiado.

## 5. ¿Cómo se sostiene la vida?

Otro dato importante que ponen de manifiesto las encuestas es que la cantidad de tiempo que destinamos al trabajo remunerado y al doméstico-familiar es similar: alrededor de tres horas. Esta afirmación también puede llegar chocar con nuestro sentido común y con nuestra experiencia personal, ya que las jornadas laborales generalizadas en el contexto español son de ocho horas. No obstante, el trabajo asalariado se caracteriza por tener un ritmo semanal marcado: los fines de semana la mayor parte de las personas no trabajan de forma remunerada. Tampoco ésta es una ocupación que implique a toda la población. Al trabajo doméstico y los cuidados, en contra, se le dedica tiempo durante todos los días de la semana y, además, se implica en ello casi toda la población (8 de cada 10 personas). De esta forma, como las encuestas toman como referencia todos los días de la semana y a toda la población, ponen de manifiesto que la preeminencia del tiempo destinado al mercado laboral a nivel social no es tal como se desprende del discurso social, ni como lo pretende la economía neoliberal.

Esto es, los bienes y servicios necesarios para satisfacer las necesidades de la sociedad, provienen en una proporción similar del mercado y de los hogares. La balanza se inclina hacia un lado u otro según la coyuntura económica: en época de bonanza, el tiempo del mercado toma algo más de protagonismo que el ámbito doméstico-familiar, y en época de crisis, al revés.

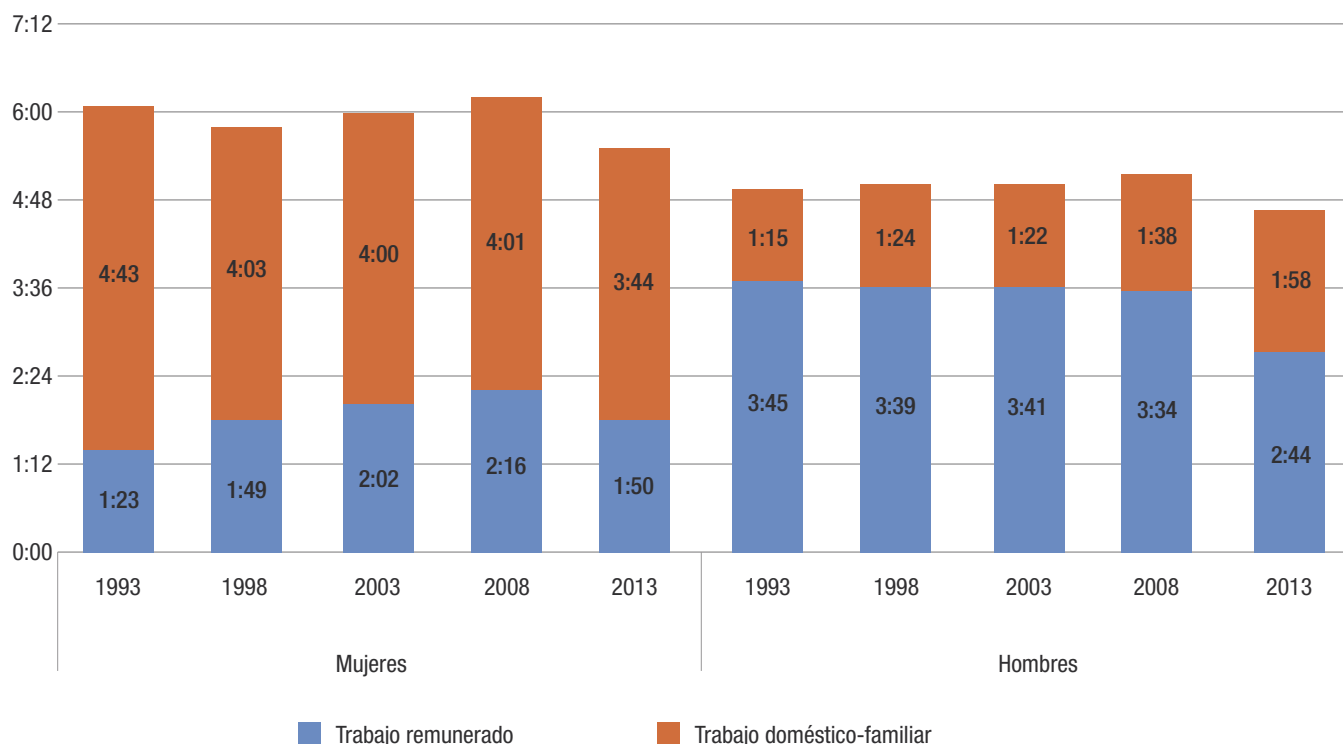
Si tomamos en cuenta, además, la suma de ambos trabajos, el remunerado y el doméstico-familiar, observamos que las mujeres trabajan de media una hora más al día que los hombres durante los veinte años de los que disponemos de datos. Esto significa que a la semana trabajan alrededor de siete horas más: una jornada laboral. De esta forma, las mujeres abastecen a la sociedad en mayor medida que los hombres de los bienes y servicios necesarios para la pervivencia.

Si tomamos en cuenta, además, la suma de ambos trabajos, el remunerado y el doméstico-familiar, observamos que las mujeres trabajan de media una hora más al día que los hombres durante los veinte años de los que disponemos de datos. Esto significa que a la semana trabajan alrededor de siete horas más: una jornada laboral. De esta forma, las mujeres abastecen a la sociedad en mayor medida que los hombres de los bienes y servicios necesarios para la pervivencia. Esto es, la vida se sostiene, mayormente, por el trabajo desempeñado por las mujeres, tanto fuera como dentro de los hogares. Como contrapartida, ellas disponen de menos tiempo que ellos para el ocio, la vida social y los trayectos. Un desigual acceso al ocio, a la vida social, al tiempo propio y a la movilidad merma la capacidad de actuar de las mujeres, así como su bienestar físico y emocional.

Si bien las mujeres dedican, en general, más tiempo al trabajo que los hombres, la implicación en el trabajo de unas y otras no es igual. Ellas invierten más tiempo en el doméstico-familiar que ellos, y ellos más que ellas en el productivo-mercantil. Esta distribución se mantiene entre 1993 y 2013, aunque el tiempo que mujeres y hombres destinen a cada trabajo haya cambiado. Ellas emplean una hora menos al trabajo doméstico y los cuidados y media hora más al trabajo remunerado y ellos tres cuartos de hora más al doméstico-familiar y una hora menos al remunerado. Con todo, las desigualdades persisten. Además, la brecha de género ha disminuido en mayor medida en relación al tiempo del mercado laboral que respecto al del trabajo doméstico y los cuidados.

El siguiente gráfico recoge los datos que se acaban de mencionar:

Gráfico 1. Evolución de la distribución de la carga total de trabajo entre mujeres y hombres



Fuente: elaboración propia a partir de los datos de Eustat (1993-2013)

En el ámbito doméstico-familiar las desigualdades de género son mayores que en el productivo-mercantil. El trabajo doméstico y los cuidados siguen estando en manos de las mujeres. Según los cálculos de Eustat, los hombres no hacen más que la tercera parte de este trabajo (el 33,3%). La evolución, sin embargo, ha sido notable porque en 1993 realizaban el 20,7%. No obstante, en relación al avance hacia la igualdad, cabe señalar que es mayor la cantidad de tiempo que dejan de invertir las mujeres en este ámbito que el aumento del tiempo que dedican los hombres.

## 6. Desigualdades de género

Para visibilizar las desigualdades en los usos del tiempo de manera clara y sintética, las Profesoras de la UPV/EHU Marina Sagastizabal y Marta Luxán proponen estudiar los datos de las encuestas a través del índice de feminización. Dicho índice hace referencia a la relación que hay entre el tiempo dedicado en una actividad concreta por mujeres y por hombres. Es una medida decimal que se interpreta de la siguiente manera: cuando el índice de feminización es 1, el tiempo que emplean mujeres y hombres en una misma actividad es igual; cuando el índice es mayor que 1, las mujeres emplean más tiempo y cuando es menor que 1, son los hombres los que dedican más

tiempo. Los índices de feminización ponen de manifiesto las desigualdades de género, pero no sólo eso, sino que también sacan a la luz su magnitud, permitiendo dar cuenta de su evolución.

Si observamos los índices de feminización de las principales actividades, los datos muestran que el ámbito doméstico-familiar es donde las desigualdades son mayores. Por tanto, tratar el trabajo doméstico y los cuidados a través de los usos del tiempo no resulta trivial, sino que supone poner el foco de atención en el núcleo duro de las desigualdades de género.

No obstante, los datos muestran que la evolución de tales desigualdades no es igual en el trabajo doméstico y en los cuidados. En relación al trabajo doméstico, la evolución es clara: en 1993 las mujeres dedicaban a este ámbito cuatro veces más tiempo que los hombres y en 2013, el doble. El avance hacia la igualdad es notable, aunque también lo es la persistencia de las desigualdades.

En relación al cuidado, sin embargo, el avance hacia la igualdad no es tan claro ni gradual como lo es en el trabajo doméstico: en 1993 las mujeres dedicaban 2,3 veces más tiempo que los hombres a esta ocupación y veinte años más tarde, 1,7 veces más, aunque las mayores desigualdades se registran en 2008, año

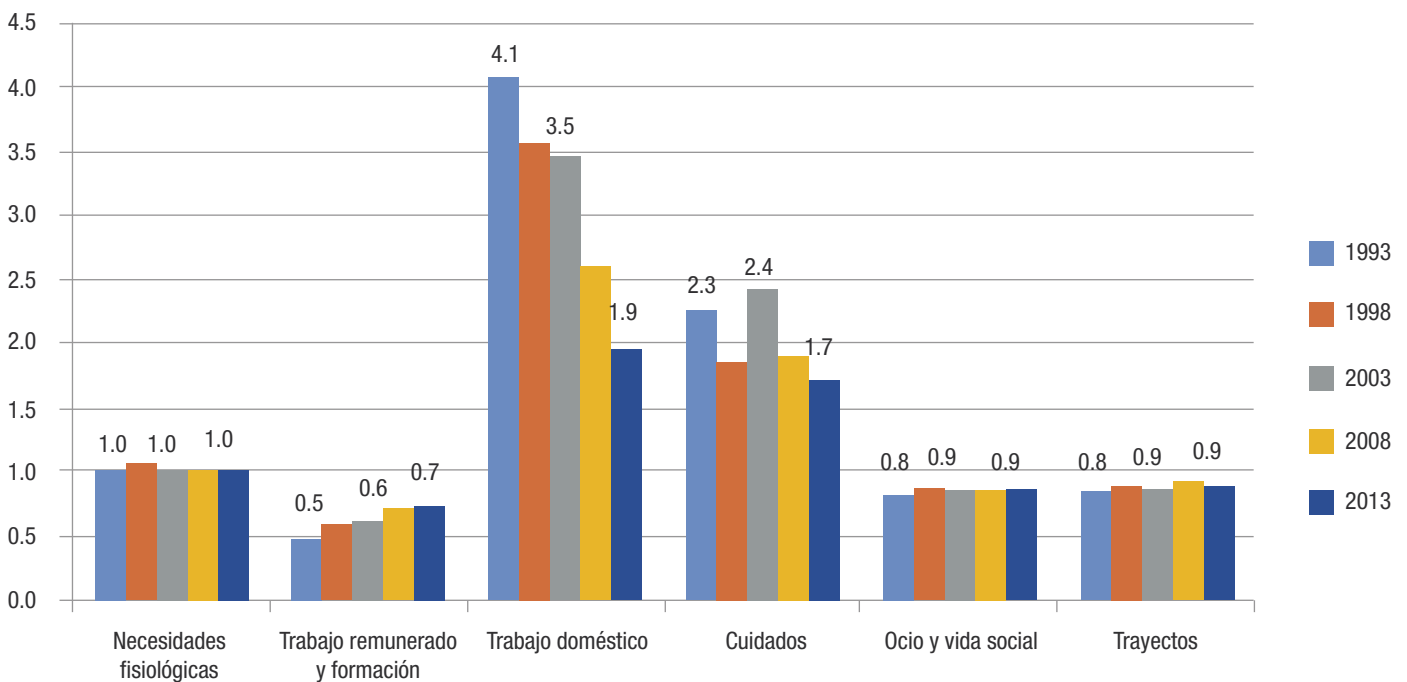
en el que las mujeres dedican 2,4 veces más tiempo que los hombres a los cuidados.

El otro ámbito que presenta desigualdades significativas es el trabajo remunerado y la formación. Aquí son los hombres los protagonistas. En 1993 las mujeres dedicaban la mitad de tiempo que los hombres a esta esfera (índice de feminización de 0,5) y en 2013, un 30% menos (índice de feminización de 0,7).

Las desigualdades son menores en lo referente al ocio y vida social y trayectos, actividades en las que los índices de feminización se acercan a 1, pero a las que los hombres dedican más tiempo que a las mujeres. El tiempo destinado a las necesidades fisiológicas es el único igualitario, con un índice de feminización de 1.

El siguiente gráfico muestra los datos a los que se ha hecho referencia en este apartado:

Gráfico 2. Evolución del índice de feminización de las principales actividades



Fuente: elaboración propia a partir de los datos de Eustat (1993-2013)

## 7. Reparto y corresponsabilidad: una cuestión política

En consecuencia, si bien es necesario tener en cuenta los límites de las Encuestas de Usos del Tiempo, el análisis de los datos que producen pone de manifiesto que constituyen una herramienta útil y válida para el feminismo. Contribuyen a la labor de visibilizar el trabajo doméstico-familiar que la economía y las estadísticas tradicionales sobre el trabajo han invisibilizado. De esta forma, este tipo de acercamientos permite avanzar hacia la visibilización y el reconocimiento de todos los trabajos.

Aún y todo, no se puede olvidar que el reconocimiento pasa por comprender que la división sexual del trabajo es un problema político de primer orden, por lo que resulta necesario introducirlo en las agendas políticas. La sostenibilidad de la vida es un hecho que atañe a toda la población, no es un deber que deban asumir de forma gratuita las mujeres. Así las cosas, es una cuestión política terminar con las desigualdades que sostienen la división sexual del trabajo, implicando a toda la sociedad en el reparto y el desempeño de estas tareas. Dar visibilidad y reconocimiento a los trabajos que sostienen la vida es crucial, pero no lo es menos reivindicar su reparto y corresponsabilidad. ■